



**LA  
CASA  
HECHIZADA**

*La casa hechizada* pertenecía a las mujeres de la familia García desde hacía cuatro generaciones. No se heredaba por voluntad ni por escritura, sino por necesidad. Pasaba de unas manos a otras como se heredan los silencios: sin preguntar.

María llegó a ella a los veinte años, recién casada, con las manos suaves y la cabeza llena de proyectos e ideas que aún no sabía nombrar. Corría el año 1944 y, en aquella Castilla pequeña, invisible y sostenida con los recursos justos que da la tierra, se decía que las mujeres no estaban hechas para dirigir el mundo, aspirar a dominar su destino y mucho menos a sostener y curar cuerpos ajenos cuando apenas podían con el suyo.

A María le hubiera gustado estudiar medicina. Lo dijo una vez, muy bajito, y nunca volvió a repetirlo. Aceptó el destino que le ofrecieron: un marido correcto, hijos sanos y una casa que respiraba con ella.

Educó y cuidó a su marido y a sus cuatro hijos, se empleó a fondo para que nada les faltara y el tiempo restante —el que nunca se dedicó a sí misma—lo gastó en causas ajenas, dejando atrás casi sin notarlo, sus propios anhelos.

En aquella casa de papeles pintados que oprimían el alma, de cortinas pesadas que apagaban el horizonte, de olor a lejía que anesthesiaba los sueños, de hogar impostado y cárcel sin rejas, María entregó su vida.

Con el paso del tiempo comenzaron los primeros signos del hechizo.

A los cincuenta tenía la piel intacta y aterciopelada. Aún recuerdo su rostro: el carmín rojo sobre los labios finos, dibujando una sonrisa amplia para quien se cruzara en su camino; y sus ojos —no olvido sus ojos— pequeños, miopes y profundamente cansados.

A los sesenta, aunque sus manos seguían tersas, mostraban agotamiento. Su alma, en cambio, estaba herida. Cuando una hija muere, se va con ella su madre. María no volvió a ser la misma tras enterrar a su primogénita. Aquel septiembre, se hizo otoño para siempre; el tiempo quedó atrapado dentro y almacenado en algún rincón invisible de la casa.

La revelación llegó una tarde, limpiando el desván.

Al fondo, en estantes polvorientos, encontró frascos alineados. Allí los había guardado su madre, Leonor, muchos años atrás, cuando todavía le fue permitido ser dueña de su destino y regente de una pequeña tienda de ultramarinos. Cada frasco contenía una sustancia dorada, espesa, que brillaba como polvo de estrellas.

Al tocarlos, María sintió recuerdos que no eran suyos: una abuela que quiso ser escritora, una tía que soñó con viajar, y sobre todo una madre, la suya, que calló demasiado.

Esa misma noche, agotada tras pintar y tratar de rejuvenecer dos sillas y una mesa de madera carcomida por el tiempo, la humedad y los malos recuerdos, se miró al espejo. Por primera vez no reconoció a la mujer que le devolvía la mirada. No estaba vieja, pero estaba gastada.

Comprendió entonces que cada renuncia —cada sueño aplazado, cada opinión callada, cada vez que eligió la paz ajena sobre su deseo— tenía un precio. La casa se lo cobraba lentamente. María envejecía por dentro.

Y decidió desobedecer.

Comenzó por algo pequeño: planeó un viaje sola para ver a su prima Clarita, la que emigró a la ciudad, la que contaba maravillas en las cartas eternas que María recibía y que leía una y otra vez, a solas y en penumbra, no fuera que la luz o la algarabía pudieran romper el hechizo de imaginarse en esa otra vida, la de Clarita.

Ese día, el del primer viaje, cambió el color del carmín por uno más moderno, regalo de su nieta Noelia. Se puso los zapatos negros de charol, los que sonaban fuerte, los castigados para siempre en su caja y al fondo del ropero, por estridentes y maleducados. Antes de salir, volvió sobre sus pasos, abrió el armario del baño y buscó el frasco de perfume caro y delicado que su nieta Silvia le había regalado hacía dos años, y que María intentó regalar, sin éxito, a cualquiera de nosotras.

El aroma impregnó su vida pasada de recuerdos tan felices como ajenos y se creyó por un momento que éstos le pertenecían.

Viajar le hizo sentir viva, salvaje y libre, aun sabiendo que la culpa viajaba sentada a su lado, imposible de arrancar de cuajo, tras una vida entera aprendiendo a cargarla por el simple hecho de ser mujer.

Regresó al pueblo, en aquel autobús que avanzaba con la misma inexplicable calma con la que Clarita le confesó su cautiverio. Apoyó la frente en el cristal frío, tratando de templar sus pensamientos, digerir el relato imposible y asimilar una verdad pesada. Entonces lo comprendió: la violencia no elige casas, las ocupa.

Después de aquel viaje, vinieron otras pequeñas píldoras de libertad: acudir a un teatro, asistir a clases de pintura, de baile, de lectura, y la más poderosa de todas, crear a los setenta y cinco la asociación cultural del pueblo. Un espacio femenino donde se tejía con lanas de todos los colores, redes de sororidad, apoyo y esperanza. Maravillosas excusas para cultivar el alma y sentirse vivas.

Poco a poco, los frascos dorados del desván comenzaron a vaciarse. El hechizo perdió fuerza. Algunos, los menos resistentes al cambio, incluso se resquebrajaron.

A las mujeres del pueblo les ocurrió lo mismo: rejuvenecieron por dentro, y por contagio inmediato. María abrió el camino y todas comenzaron a despojarse del miedo y a liberarse del peso de lo injustamente impuesto.

Renacieron.

Los hombres, en cambio, empezaron a encorvarse. No por castigo, sino por equilibrio. Cargaron por primera vez con el peso de lo no dicho, de lo postergado, de lo que siempre se dio por hecho.

Se empezaba a entender, por fin, que la igualdad no era una concesión, sino un ajuste natural del mundo.

Cuando murió mi abuela María, la casa se quedó en silencio. Los frascos dorados, casi vacíos, fueron olvidados.

Hoy la casa de las García sigue en pie. La habitan mis hijas, empeñadas, día tras día, en liberar los últimos restos de polvo dorado atrapados en los frascos de sus antepasadas. Ese residuo pegajoso aún brilla a veces, como si la casa se resistiera a olvidar, como si quisiera advertir.

Dicen que el hechizo se extingue cuando la balanza se detiene en el centro.

Yo creo que desaparece el día en que nadie vuelve a aprender a sostener un peso que no le pertenece.

Ese día, la casa —por primera vez— deja de crujir.

Y el polvo dorado, por fin, ya no pesa: se posa.